ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

EL REGALO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL MARIA CASTELL



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1897

EL REGALO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL MARIA CASTELL

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 17 de Abril de 1897



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1897

Sr. D. Francisco Flores García:

A los artistas que de modo tan magistral han representado esta obra y á la prensa que tan benévolamente la ha juzgado, debo el éxito.

Pero ni los artistas de Lara hubieran tenido ocasión de mostrar una vez más su talento, ni la prensa de darme tan gallarda prueba de cariño, si usted, mi querido amigo, no hubiera dispensado acogida tan bondadosa á mi modesto primer trabajo escénico, cuyo escasísimo mérito se le dedico con el alma en prueba de gratitud y de sincera amistad.

Angel María Castell

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
BLANCA........................	Sra.	Pino.
JULIA, doncella.....	Srta.	Lasheras.
LUIS, marido de Blanca.............	Sr.	Ruiz de Arana.
DON REMIGIO, viejo, administrador.		Larra.
RAMÓN, criado.....		Santiago.

ACTO ÚNICO

Sala elegante. En el foro puerta que comunica con la antesala y salida de la casa. A la derecha (del espectador) dos puertas: la segunda da acceso á las habitaciones de Blanca. A la izquierda otras dos puertas: la primera despacho de Luis, la segunda dormitorio. Chimenea con reloj. Mesa pequeña, de señora, con recado de escribir. Luces encendidas.

ESCENA PRIMERA

JULIA, RAMON.—Julia sale de la segunda puerta de la derecha dirigiéndose á la del foro. Ramón entra por ésta con un gabán para Luis

RAM. Dichosos los ojos que te ven. ¿Dónde te metes?

JULIA Me tiene muy atareada la señorita.

RAM. ¿Va á salir?

JULIA Al teatro; ¿por qué me lo preguntas?

RAM. Porque también va á salir el señorito.

JULIA Noticia fresca. ¿Te vas á quedar conmigo?

RAM. Eso pretendo. En todo el día te he echado la vista encima y tenemos que hablar mucho.

JULIA Límpiate...

RAM. (Mirándose.) Acabo de mudarme.

JULIA Estoy de tus celos hasta por encima del moño.

RAM. Inconvenientes de ponerte moños.

JULIA Si me quisieras no verías visiones.

RAM. Me parece que eso es llamar visión á don

Remigio. Y la palabra es muy fina para un viejo.

JULIA ¿Empezamos ya?

RAM. Empiezas tú. Razón tiene el señorito.

JULIA ¿En qué tiene razón, vamos á ver?

RAM. En decir lo que dice.

JULIA ¿Pero qué es lo que dice?

RAM. Ya sabes que la otra noche nos sorprendió cuando armamos aquella tremolina, es decir, cuando la armaste tú, porque tú eres la que las arma.

JULIA Bueno: Apúntate quince.

RAM. ¿Quince? Lo menos ciento me llevo apuntadas desde que nos conocemos.

JULIA Sigue. ¿Qué te dijo el señorito?

RAM. Pues nada. Ayer cuando le ayudaba á vestirse me preguntó: «¿Qué diablos os ocurría anoche á Julia y á tí?» Y cuando le dije que yo te quiero y que ¡la verdad! algunas veces siento celos, me dijo: «Lo cierto es que esa muchacha parece algo coqueta.»

JULIA ¿Eso dijo, eh?

RAM. Eso; y cuando se abrochaba la pechera añadió algo más que no le entendí, porque lo dijo tan bajo, que no debió oirle el cuello de la camisa.

JULIA ¿Por qué?

RAM. Porque era postizo y le tenía yo en la mano.

JULIA Digo, que por qué lo diría tan bajo.

RAM. Porque hay cosas que no pueden decirse...

JULIA ¿Pero qué supones que diría?

RAM. Supongo que diría: «¡Qué suerte tienes, gaznápiro!»

JULIA ¡Claro! Lo menos te figuras tú que los amos se preocupan de esas cosas.

RAM. ¿Pues á qué venía bajar la voz y qué quiso decir? Yo no lo acierto.

JULIA (Aparte.) Yo sí.

RAM. En fin, te repito que tenemos mucho que hablar.

JULIA Te repito que no puede ser.

RAM. ¿Pero por qué?

JULIA Pues... porque tengo que hacer muchísimo.

RAM. Te ayudaré yo.

JULIA ¡Corriendo!
RAM. Corriendo ó despacio, como sea menester.
JULIA Déjame en paz.
RAM. Te prometo corregirme. La otra noche ya sabes lo que ocurrió. El señor administrador tuvo el atrevimiento de llamarte prenda...
JULIA ¡Jesús, qué atrocidad!
RAM. Es que además te dirigió una mirada demasiado encendida para una prenda.
JULIA ¡Pobre don Remigio! ¡Un viejo que apenas puede tenerse en pie!
RAM. Pues mira, que ande con pies de plomo.
JULIA No daría un paso... (Riéndose.) Estás fresco...
RAM. Razón de más para soltarle una fresca.
JULIA Te pones insoportable.
RAM. Tú tienes la culpa.
JULIA Bueno; pues que te alivies. (Medio mutis.)
RAM. ¿Te espero?...
JULIA Sentado, para que no te canses. (Sale por el foro.)

ESCENA II

RAMON

Esta chiquilla va á acabar con mi paciencia. ¡Malditas sean las mujeres! ¿Qué falta hacen en el mundo, vamos á ver? Como ésta son todas. Vienen del pueblo hechas unas palurdas, ariscas y zafiotas. Pero yo no sé qué las sucede en este Madrid. Si valen dos cuartos en seguida se transforman y no hay diablo que las aguante. Reniego de las mujeres y de este pueblo *corrupto* y *demoliente*, como decía en un *meeting* un socialista que quería quemar todo Madrid, empezando por su casa... y dormía todas las noches en un banco de la plaza de Oriente. (Dirigiéndose á la puerta primera de la izquierda.) Que se vayan los señoritos, que después ya le ajustaré yo las cuentas...

ESCENA III

LUIS y RAMON

LUIS Creia que te habias perdido...

RAM. Es que estaba muy revuelto el ropero y le he ordenado un poco. (Le da el gabán.)

LUIS Te dije un sobretodo. Este es de riguroso invierno. Tráeme otro, ligero.

RAM. ¿Ligero?... ¿De menos abrigo, querrá decir el señorito?

LUIS Ligero el gabán y ligero tú. ¡Ah! Oye, ¿sabes si va á salir la señorita?

RAM. Me parece haber entendido á la doncella que sí; que va al teatro.

LUIS Bueno; dí á la doncella que se lo pregunte, y que me traiga la contestación. (Sale Ramón por el foro.)

ESCENA IV

LUIS

Sería una contrariedad que mi mujer se quedase en casa; pero, no; cuando no está aquí es señal de que está vistiéndose para salir. (Julia entra por el foro y se dirige á la segunda puerta de la derecha, como para cumplir el encargo que ha debido darla Ramón.) ¡Diantre! (Palpándose los bolsillos.) Me he dejado la pulsera sobre la mesa... ¡Digo! El cuerpo del delito.... ¡Si se le ocurre entrar á mi mujer... la hacemos buena! (Sale primera izquierda.)

ESCENA V

JULIA, luego RAMON

JULIA (Sale de la segunda puerta derecha y se dirige á la primera izquierda.) Sí: ya sé lo que querrá, de seguro. (Desde la puerta, sin entrar.) ¿Llamaba el

señorito? (Pausa, durante la cual Luis la habla.) Está acabando de vestirse para ir al teatro. (Pausa.) No sé á cuál; se lo preguntaré si el señorito quiere. (Pausa.) ¿Que entre? (Entra.)

RAM. (Con otro gabán, atravesando la escena.) ¡Sobre todo! ¡Y estaba debajo de todo! (Va á entrar, pero se detieue al ver dentro á Julia, y escucha.) ¿Eh? ¿Qué es lo que dice?... ¿A las nueve y media?... ¿La pulsera?... ¡Zambomba!... ¡Ah, perra! (Transición.) Disimulemos. (Se retira un poco y sale Julia.)

JULIA (Al ver á Ramón, dice levantando la voz, como para dar á entender á Luis que hay quien los oye.) Está bien, señorito...

RAM. (Con ironía.) ¡Adiós... prenda!

JULIA (Con desdén.) ¡Ea! (Se dirige á la segunda puerta derecha y entra.)

RAM. ¡No estás tú mala prenda!... (En la puerta.) ¿Se puede entrar?

ESCENA VI

LUIS, RAMON, al final JULIA

LUIS (Saliendo.) A ver... (Coge el gabán.) Sí; este es... (Aparte.) ¿Me habrá oído este gaznápiro? ¡No lo creo!

RAM. ¿Volverá pronto el señorito?

LUIS ¿Por qué me lo preguntas?

RAM. Como es probable que venga el señor administrador...

LUIS Es verdad. Ya no me acordaba. Le dices que vuelva mañana.

RAM. Será la sexta noche que le diga lo mismo.

LUIS Entonces dile... que vuelva pasado. Así descansará el séptimo día, como Dios, después de hacer el mundo.

RAM. Se lo haré presente.

JULIA (Saliendo de donde entró.) La señorita sale ahora mismo.

LUIS Está bien. Podéis retiraros. (Sale Julia por el foro.) ¡Ah! Oye, Ramón. Que preparen el coche. (Se sienta y coge un libro, que hojea.)

RAM. (Aparte.) ¡Yo necesito vengarme y me vengaré! Meditemos un plan. (Sale por el foro.)

ESCENA VII

LUIS, luego BLANCA

LUIS Pues, señor; hay que alejar con diplomacia á mi mujer. (Saca del bolsillo un estuche, y después de mirarlo un momento, como indica el diálogo, le guarda en el bolsillo del faldón.) ¡Esta dichosa pulsera abulta tanto!... No sé dónde guardarla... ¡Ah, sí! Aquí la cubre el gabán también. (Reparando en Blanca, que sale.) ¡Hola, Blanquita!

BLAN. (En traje de teatro, pero sin guantes aún y sin abrigo.) ¿Me acompañas?

LUIS Esta noche no puede ser, hijita. Me ha llamado el ministro con mucha urgencia.

BLAN. ¡Qué fastidio de ministros! Ya empieza la maldita política á quitarme el marido.

LUIS Concluiremos pronto. Desde el ministerio iré á buscarte.

BLAN. Debías decirle al ministro que estas no son horas de llamar á los diputados, sino de dejarles que acompañen á sus mujeres.

LUIS Bien; pero reflexiona que algunos no las tienen.

BLAN. Pues que se casen. Esa es su obligación.

LUIS Cierto, pero...

BLAN. ¿Y qué tenéis que hacer con tanta prisa?

LUIS (Vacilando.) Pues... terminar un dictamen que ha de discutirse mañana. Soy el ponente.

BLAN. ¿Y qué es ser ponente?

LUIS Pues ponente es el que pone... pone la firma, cuando menos, en el dictamen, sobre todo si el proyecto es de los que quiere el gobierno que se aprueben pronto.

BLAN. ¿Se tratará de algún proyecto importante?

LUIS ¡Mucho, hija, muchísimo! (Impaciente.) ¿Conque te vas?

BLAN. ¿Tú defenderás ese proyecto?

LUIS — Sí: si algún diputado de oposición combate el dictamen.

BLAN. — Y le combatirá. Para eso son las oposiciones: para oponerse á todo lo que es justo.

LUIS — No, hija mía, no. Las oposiciones lo que hacen es buscar motivos para censurar al gobierno. Y no creas; suelen encontrarlos.

BLAN. — Pues si hablas tú, quiero ir á escucharte.

LUIS — Irás.

BLAN. — En fin; cumple con tus deberes de hombre importante. Pero no dejarás de reconocer que mejor haría el ministro en acompañar á su señora.

LUIS — ¡Por Dios, Blanca, no le quieras tan mal!...

BLAN. — ¿Es quererle mal, decir que debe acompañar á su mujer?

LUIS — ¡Pero si es viudo!

BLAN. — No lo sabía.

LUIS — (Impaciente.) ¿A qué teatro váis?

BLAN. — Al Real. Puedes acompañarme en el coche á casa de mi madre, y luego te le llevas. Iremos en el suyo.

LUIS — No: llévatele. Iré á pie al ministerio; está un paso. Conque en marcha.

BLAN. — ¡Ay, hijo... parece que tienes empeño en que me vaya!

LUIS — No... pero vais á perder el primer acto, que es precioso.

BLAN. — ¿Pero sabes qué ópera cantan esta noche?

LUIS — Si... digo no... pero todas las óperas tienen un primer acto divino.

BLAN. — Pues nadie lo diría, porque tú nunca le oyes...

LUIS — Si no empezasen por él...

BLAN. — Hijo... tú no estás bueno; ¿por cuál van á empezar?

LUIS — Te diré, Blanquita, te diré... En Alemania vas al teatro á estas horas y oyes el cuarto acto.

BLAN. — ¿El cuarto?..

LUIS — Sí: porque la función empieza á las seis de la tarde. ¿Qué ópera está anunciada?

BLAN. — *¡Mefistófele!*

LUIS — ¿Y vais á perder el prólogo? Vamos, Blanca,

date prisa. ¡Poquito que le gusta á tu madre *Mefistófele!*

BLAN. ¡Pobrecilla! Se duerme casi siempre...

LUIS Pues por eso la gusta. Con una cencerrada no se dormiría.

BLAN. Además, es temprano. Quedé en ir á buscarla á las nueve y media.

LUIS (Saca el reloj.) Pues hija, acaban de dar.

BLAN. (Mirando al de la chimenea.) En ese reloj son poco más de las nueve y cuarto.

LUIS Estará parado. (Dándola con suavidad en el hombro.) ¡Anda, anda!

BLAN. ¿En qué quedamos? ¿Anda ó está parado?

LUIS Que andes, hijita, que estará esperando mamá.

BLAN. (Levantándose y yéndose hacia la segunda puerta derecha.) Que no tardes, ¿eh? que te esperò. (Entra.)

LUIS ¡Uf! ¡Qué suplicio! Decididamente tenía ganas de hablar... (Pausa.) ¡Pobrecilla! Después de todo no merece que la engañe... (Transición.) Me voy, porque si sale, volvemos á discutir otro rato. (Acercándose á la puerta del foro.) ¡Ramón!

ESCENA VIII

LUIS y RAMON. Luis, durante el siguiente diálogo, se pone los guantes. Ramón entra con una carta en una bandeja de plata

RAM. Mande el señorito.

LUIS ¿Qué es eso? ¿Una carta?

RAM. Es para la señorita.

LUIS (Mirando la carta sobre la bandeja, pero sin cogerla, porque sigue abrochándose los guantes.) ¡Vaya una letra más grande! Algún cesante del barrio que se dirige á mi mujer dándola un sablazo ó pidiéndola que le gestione una credencial. Mira, es probable que vuelva pronto para ponerme el frac. No te muevas de la antesala. (Conviene tomar precauciones.)

RAM. Está muy bien, señorito. (Sale Luis por el foro.) A lo hecho pecho. Armo una de pópulo bár-

baro. El pópulo soy yo; pero á mí no me la da ningún chato. He escrito un anónimo. La señorita no conoce mi letra, y ¡averigua quién te dió! (Va á entrar en el gabinete y sale Blanca.)

ESCENA IX

BLANCA y RAMON

BLAN. ¿Está el coche?

RAM. Espera hace un rato.

BLAN. ¿Qué es eso?

RAM. Una carta. Acaban de traerla y han dicho que es urgente.

BLAN. (Tomando la carta.) No conozco la letra. Algún pobre...

RAM. ¿Manda algo más la señorita?

BLAN. Dí á la doncella que saque mi abrigo del armario grande y lo ponga sobre el diván.

RAM. Está bien. (Vase por el foro.)

ESCENA X

BLANCA

(Leyendo la carta.) «A las nueve y media... en tu cuarto... por la escalera de servicio... la pulsera...» Sin firma... Es un anónimo... ¡Bah! una calumnia sin duda... Y sin embargo, no es este papel el que me hace sospechar, no... Aquella insistencia de Luis en que me marchase... Aquel modo de confundirse y contradecirse... ¿Será verdad? Si yo pudiese investigar... Pero, ¿quién puede saberlo? No conozco la letra... ¿Será el criado?... Más de una vez le he sorprendido hablando á Julia muy entusiasmado. ¡Y cómo aquí se trata de Julia! ¡Oh! Pues si es él, pronto lo he de averiguar. Y en cuanto á lo que el anónimo dice... también he de saber muy pronto si es una calumnia... Tengamos calma y diplomacia.

ESCENA IX

BLANCA y RAMON

RAM. (Desde el foro.) ¿Señorita?

BLAN. ¿Qué hay?

RAM. Don Remigio, el señor administrador, dice que tiene precisión de hablar con la señorita.

BLAN. ¡Qué contrariedad!...

RAM. Le he dicho que probablemente no podrá recibirle la señorita, porque va á salir; pero insiste...

BLAN. En fin, que pase.

RAM. (Aparte.) Se tragó la píldora. (Medio mutis.)

BLAN. Oye: no encuentro los periódicos. Llégate á la esquina y mira qué obras ponen en el Real, en el Español, en la Comedia y en Lara. Para que no te confundas lleva un papel y un lápiz y tomas nota de los títulos.

RAM. Así lo haré. (Se retira por el foro.)

ESCENA XII

BLANCA y DON REMIGIO. Blanca, distraida en meditar su plan, no se fija en don Remigio cuando este entra, ni después en lo que habla, más que para confundir algunas frases, según indica el diálogo

REM. Perdone usted que la contraríe y la moleste; pero los criados son muy torpes para trasmitir con fidelidad los encargos. Ante todo, tengo una viva satisfacción en ver que está usted bien... Tenía absoluta necesidad de hablar con don Luis...

BLAN. Lo probable es que Luis vuelva... (Esto lo dice distraida, como hablando consigo misma.)

REM. Tanto mejor. Entonces, si usted me lo permite, le esperaré.

BLAN. (Reparando en don Remigio.) ¡Ah! Dispénseme usted; no me había fijado... Tome usted asiento.

REM. Muchas gracias. (Se sienta.) He venido seis noches seguidas...

BLAN. (Distraída.) ¿Será la primera vez?...

REM. Juro á usted, señora, que es la sexta...

BLAN. ¿Cómo la sexta? (Transición.) ¡Ah! Me hablaba usted de...

REM. De que he venido seis noches seguidas, sin tener la dicha de encontrar á mi señor don Luis. Y es el caso que se presenta un inquilino para el piso segundo de la casa que tienen ustedes en la calle Mayor, pero quiere que se hagan algunas obras que yo no me determino á hacer sin consultar con ustedes...

BLAN. (Distraída.) ¿Será posible?...

REM. Sí, señora. ¡Psch! No es mucho lo que pide. Que se tire un tabique para hacer de dos habitaciones una, y que se coloque una luz más en la escalera.

BLAN. Subirá por la escalera de servicio...

REM. No... si la casa no la tiene.

BLAN. (Reparando.) ¡Ah! Siga usted, siga usted.

REM. Esas dos cosas son las que quiere...

BLAN. (Distraída.) Si le digo algo, lo negará, de seguro...

REM. Pues, mire usted, sería una lástima, porque es una familia estable; un matrimonio. Para la casa es conveniente que no haya niños, y me consta que no tienen ningún chiquillo.

BLAN. (Exaltada por la última frase.) ¡Pues, hombre, no faltaba más!

REM. Ya ve usted... tampoco tendría nada de extraordinario.

BLAN. (Comprendiendo el quid pro cuo.) ¡Já, já, já! Estaba distraída y no le había entendido.

REM. Hablaba del matrimonio que quiere arrendar el piso de la casa de la calle Mayor, si se hacen en él algunas obras, y como quieren saber mañana mismo la contestación definitiva...

BLAN. (Distraída siempre.) Tomaré una determinación. (Se dispone á escribir.)

REM. Bien pensado. Después de todo, lo que usted haga lo ha de dar por bien hecho don Luis.

(Aparte.) Lo que no veo es la necesidad de darme la autorización por escrito.

BLAN. (Leyendo lo que ha escrito.) «Querida mamaita: no puedo acompañarte; tengo una visita...»

REM. (Levantándose sorprendido.) Señora, por Dios, la suplico que no se detenga por mí, ¡no faltaba más!

BLAN. No, si no es por usted.

REM. ¡Ah! Siendo así... (Aparte.) Pues, señor, ó yo no estoy bueno ó no lo está esta señora.

BLAN. (Después de escribir, lee.) ...«iré tarde; pero si no voy, no te alarmes. Estoy bien y te quiere mucho tu hijita.» Perfectamente. (Toca un timbre.) Poco á poco voy realizando mi plan.

ESCENA XIII

DICHOS y JULIA

JULIA Ramón ha salido, señorita.

BLAN. Ya lo sé. Te llamaba á tí. Lleva esta carta á la señora, pero sin detenerte, porque estará esperando. Desde allí vas á casa de mis primas. Ya sabes, barrio de Argüelles, y pides los libros de modas que las llevaste hace unos días.

JULIA (Vacilando.) Subiré á mi cuarto á ponerme otro vestido.

BLAN. No, no puedes perder tiempo, porque mi mamá estará esperando.

JULIA Como luego tengo que ir al otro extremo de Madrid...

BLAN. Tomas el tranvía en la Puerta del Sol. ¡Vamos, volando!

JULIA (¡Que contrariedad!)

BLAN. Oye: al bajar dí al cochero que vaya á casa de la señora para llevarla al teatro, si no tiene preparado el suyo. (Sale Julia.—Aparte.) Si volviera Luis vería el coche en el patio y comprendería que estoy en casa.

REM. (¡Bonito papel estoy haciendo y bonito le voy á hacer cuando me pregunten mañana

los inquilinos qué es lo que hemos resuelto!) (Se levanta.)

BLAN. ¿Se marcha usted, don Remigio?

REM. Sí, señora; voy á dar una vuelta por ahí, y más tarde vendré á ver si ha venido don Luis.

BLAN. (Distraida.) Si viniese...

REM. Yo me atrevería á aconsejarle que sea complaciente.

BLAN. ¿Cómo complaciente?

REM. Inspirándome en el mayor bien de ustedes, como es mi obligación, creo, salvo mejor parecer, que le conviene ese matrimonio.

BLAN. Pero, ¿se ha vuelto usted loco?

REM. Señora, sentiría en el alma haberla molestado.

BLAN. ¿De quién me habla usted?

REM. De ese matrimonio que desea la habitación...

BLAN. ¡Ah, sí! Dispense usted, don Remigio, pero soy tan distraida...

REM. Sí, ya lo veo.

BLAN. Me ocurre muchas veces. Hablo con las personas que me rodean, y nada, ó no las oigo, ó confundo todo lo que me dicen. Estos nervios...

REM. Ya comprendo... Pues, nada; hablábamos de la habitación de la casa de la calle Mayor.

BLAN. Yo no me meto en esos asuntos. Dígaselo usted á mi marido.

REM. (Cuando digo yo que esta señora no está bien de la cabeza ..) (Alto.) Entonces, con su permiso, me retiro.

BLAN. Espere usted. (Aparte) La verdad es que necesito una persona que me ayude, y nadie mejor que don Remigio. Inventaré cualquier fábula para que no comprenda de lo que se trata. (Alto.) Venga usted, don Remigio. (Le lleva á la puerta segunda derecha.) ¿Ve usted en aquella pared junto al tocador, el botón de un timbre?

REM. Si he de decir la verdad, no le veo bien; pero si usted me lo consiente entraré á verle de cerca. (Entra.)

BLANCA ¡Oh! Le aseguro á mi señor marido que va á caer como un ratón en la ratonera. Y si mis sospechas son fundadas, cae, ¡vaya, si cae!

REM. (Sale.) Ya he dado con el botoncito.

BLANCA (Volviendo al centro de la escena.) Pues bien, señor don Remigio... dirá usted que todo esto es muy raro. Sí que lo es; pero todo tiene su explicación y yo se la daré tan completa que comprenda el motivo de este misterio. Necesito que dentro de un momento, de cinco ó seis minutos, entre usted en ese gabinete y oprima el botón del timbre que acaba de ver.

REM. (¡Dios mío! ¿estará loca?)

BLANCA Tengo que observar desde un punto determinado, y dicho se está que no puedo repicar y andar en la procesión. Necesito una persona de toda confianza, como usted... Se trata de los criados; ya sabe usted qué gente es... Como que sospecho que todas las noches, aunque yo esté en casa, se marchan por ahí no sé donde...

REM. ¿Será posible?

BLANCA Sí, señor. Y quiero escarmentarles... (No me ha resultado inverosímil el pretexto.) Conque usted me hará el favor... Luego le explicaré todo... Ya sabe usted... dentro de cinco minutos... Mire usted, son las nueve y media menos cinco en este reloj (En el de la chimenea.) á las nueve y media..

REM. Entro y trrrr... Perfectamente.

BLANCA Hasta ahora. (Sale por segunda puerta derecha.)

REM. Puede que tenga razón. Estos criados de hoy en día no tienen consideración á nada. Pero lo que no acierto á comprender es el papel que pueda representar el timbre, porque si lo que hacen los criados es largarse... En fin, allá veremos.

ESCENA XIV

DON REMIGIO y RAMON

RAM. ¿Salió la señorita?

REM. Eso quisieras tú, buena pieza.. (Le trata con familiaridad.) No; no ha salido.

RAM. Ni saldrá; como si lo viera.

REM. ¿Y por qué dices tú que no saldrá, vamos á ver?

RAM. Me lo figuro. Debe estar de muy mal humor.

REM. Pero, hombre; cuántas cosas ves y cuántas te figuras....

RAM. Hace un rato entregué á la señorita una carta que ha debido disgustarla mucho. Ella disimula; pero la procesión anda por dentro. La prueba es que no ha salido.

REM. ¿Pero iba á salir alguna procesión?

RAM. Quiero decir que iba á salir cuando le entregué la carta que trajeron y no ha salido.

REM. ¿Pero qué supones?

RAM. Pues nada; que se haya enterado por esa carta de lo del señorito.

REM. ¿Y qué le sucede al señorito?

RAM. Que... que, vamos, que le gusta más de lo que es regular Julia... (Con ironía.)

REM. ¿Qué Julia? ¿La doncella?

RAM. La misma.

REM. ¿Pero tú por qué supones eso?

RAM. Tengo mis motivos fundados.

REM. ¡Si no te explicas más claro!...

RAM. Me explicaré con toda claridad. Yo quiero, mejor dicho, quería á Julia, y me hacía la ilusión de que era correspondido.

REM. ¡Ah! Vamos; ahora me explico la cara que me pusiste la otra noche porque la dije no sé qué.

RAM. Póngase usted en mi lugar.

REM. No, hijo, no; muchas gracias.

RAM. La dijo usted que era un buen partido.

REM. Y lo era. Lo que tiene es que no podía pre-

sumir que en ese partido hubiera tongo. Adelante.

RAM. Pues dí la carta á la señorita cuando se disponía á salir; y aun cuando me ha mandadado á ver qué funciones hay en varios teatros, yo creo que esto ha sido un pretexto para que no nos extrañe á los de la casa que cuando estaba ya con el pie en el estribo del coche, como quien dice, se haya vuelto atrás. Ahora es fácil que diga que no la gusta ninguna función y que se queda en casa. Pero lo que no debe gustarle es el haber recibido esa carta.

REM. ¿Y quién puede haberla escrito?

RAM. Suponga usted que es un anónimo.

REM. ¿Y por qué he de suponer que es un anónimo? Me parece que supones muchas cosas que no existen.

RAM. Que no existen, ¿eh? Si le dijera á usted que yo mismo con mis propios oidos he sorprendido esta noche una conversación del señorito y de Julia..

REM. (Mirándole con recelo.) ¿Sabes que empiezo á creer que puede existir el anónimo?

RAM. No; yo no afirmo nada.

REM. ¿Nada?

RAM. No, señor. A ver si se arma aquí algún lío y pago yo los vidrios rotos.

REM. Pagarlos, no los pagarás, pero romperlos, vaya si los rompes: como seas tú el autor de este belén y se entere don Luis, ten por seguro que no sales por la puerta, sino por el balcón.

RAM. Pero, ¿acaso he dicho yo?...

REM. No quisiera encontrarme en tu pellejo. Anda, entra á dar á la señora cuenta del encargo que te hizo. Pero, no; no entres. Espera. (Es la hora señalada. Cumplamos lo prometido.) (Se dirige al gabinete.)

RAM. (Temeroso) ¿Qué va usted á hacer?

REM. Lo que á tí no te importa. (Entra Ramón le sigue hasta la puerta.)

RAM. Pero, ¿dónde va?... Oiga usted... ¿Qué hace? ¡Pues no se pone á tocar el timbre!... ¡Eh,

don Remigio!... ¿Se ha vuelto usted loco? ¡Que ese es el timbre para llamar á Julia! Y no me hace caso... Que el timbre que toca está en el cuarto de Julia y Julia ha salido... ¡que si quieres!

ESCENA XV

JULIA y RAMON

JULIA (Entra por el foro.) ¿Dónde está la señorita?

RAM. (Irónicamente.) Pero... ¿por quién preguntas? ¿Por la señorita... ó por el otro?...

JULIA Por la señorita, he dicho.

RAM. No te sulfures (Recalcando.) ¡prenda! Es que creía que me habías preguntado por el señorito.

JULIA ¿Y qué quieres decir con ese tonillo zumbón?

RAM. Pues que si preguntabas por el señorito debías haber subido por la otra escalera, por la interior.

JULIA Vamos, hijo, tú estás guillao.

RAM. Puede...

JULIA Ea, déjame en paz. (Va á entrar en el gabinete.)

RAM. No corras tanto, chica, que harto has corrido para ir al barrio de Argüelles y volver en tan poco tiempo.

JULIA Es que no he tenido necesidad de ir, ¿sabes?

RAM. ¡Claro! Tenías que hacer á las nueve y media en punto...

JULIA Pero; ¿qué dice este hombre?

RAM. Este hombre dice que no tienes necesidad de entrar ahí ni de subir á tu cuarto. Y, además, no te dejo yo, porque antes armo la escandalera del siglo y se entera la señorita de todo. De todo, ¿lo entiendes bien? Porque lo sé todo y porque allí, en aquella puerta, oí lo que el señorito te dijo y lo que tú le dijiste, y, vamos, que no subes á tu cuarto ni ahora ni luego.

JULIA (Queriendo entrar.) ¡Déjame!...

RAM. (Deteniéndola.) ¡Silencio! ¡La señorita!

ESCENA XVI

DICHOS, BLANCA y DON REMIGIO

BLAN. Muy bien, don Remigio. Logré mi objeto.

REM. Me alegro, señora.

BLAN. (Reparando en Julia y Ramón.) ¡Ah! ¿Estábais aquí?

RAM. (Saca un papel y lee.) «En el Real *Mefistófeles.* En el Español...»

BLAN. (Quitándole el papel.) A ver... Está bien. Puedes retirarte. (Lee rápidamente y dice aparte.) Sí; la misma letra. El es el autor del anónimo. (Alto á Julia.) Has vuelto muy pronto... (Sale Ramón.)

JULIA La señora se marchó al teatro después de leer la carta de la señorita. Luego fuí á la Puerta del Sol para tomar el tramvía, y me encontré al criado de las señoritas, que me dijo que estaban en la Comedia.

BLAN. Puedes retirarte. (Sale Julia.) Me va usted á dispensar un momento, don Remigio. Es ya tarde para ir á ningún teatro y me quedo en casa. Voy á quitarme estos adornos: soy con usted en seguida. Tome usted asiento. (Sale por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XVII

DON REMIGIO, luego LUIS

REM. Drama, comedia ó sainete; algo se está representando en esta casa, y algún papel me ha correspondido sin saberlo: probablemente el de comparsa. Ella está satisfecha del éxito ó aparenta estarlo. Veamos el desenlace desde la barrera.

LUIS (Preocupado, avanza hasta el proscenio, sin reparar en don Remigio, que se habrá retirado hacia la izquierda.) ¡No me explico lo sucedido! ¿Quién ha podido llamar? (Meditando.) ¿Habrá sido Ra-

món? Pudo oirnos cuando Julia estuvo en mi cuarto. Y si ha sido, ¿cómo le pido explicaciones, ni cómo le planto en la calle sin que arme un escándalo y se entere de todo mi mujer?... ¡Me he lucido!...

REM. Ciertos son los toros. No ha reparado en mí, y casi valdría más que no reparase, porque ¡bonito humor tendrá ahora para hablarle de inquilinos y de obras de albañilería!

LUIS (Sentándose y hablando consigo mismo.) ¡Nada; que me he lucido la primera vez que me he metido en aventuras! Subo á tientas la escalera, tropezando en todas partes, porque por precaución, sin duda, había apagado Julia todas las luces, hasta las de su cuarto. Entro. Poco después llega ella, tropezando también, imponiéndome silencio con un *¡chist!* prolongado. Palpando en el aire doy con ella, se deja abrazar con la mayor naturalidad del mundo. Le digo: «Te prometí una pulsera, y á ponértela vengo;» y apenas se la he puesto, empieza á sonar ese timbre maldito. Echa á correr Julia, y baja la escalera precipitadamente... Espero un momento... y ¡nada!... tengo que bajar la escalera de servicio como la subí, con más cuidado que si anduviese en la cuerda floja...

REM. (Pues, señor; afrontemos la situación.) (Alto.) Sentiría molestar á usted...

LUIS (Sorprendido.) ¿Estaba usted aquí? No había reparado...

REM. Sí, aquí estaba; pero ví entrar á usted tan preocupado...

LUIS Distraído nada más. La dichosa política...

REM. Eso es lo que tiene la política... ¡Proporciona tantas preocupaciones!...

LUIS Pero no le dijo á usted el criado...

REM. Que volviese pasado mañana, sí, señor... pero el objeto que me trae es urgente, y su señora tuvo la amabilidad de permitirme que le esperase. La expliqué en pocas palabras la razón de esta insistencia, y convino en que era mejor que usted resolviese.

LUIS ¿De modo que habló usted con mi mujer?

REM. He tenido ese honor; pero como le digo, muy superficialmente.

LUIS Es claro; tenía prisa, porque iba al teatro.

REM. Dispense usted, no ha salido.

LUIS Sí, hombre, sí.

REM. Repito que...

LUIS Si he visto pasar el coche junto á mí, casi rozándome.

REM. No lo dudo; pero lo que es su señora no ha salido de casa; ni creo, por lo que la he entendido, que piense salir.

LUIS ¿Cómo?

REM. Hace un momento ha estado en esta misma sala.

LUIS (Entonces ha sido ella la que ha llamado.) (Alto. Levantándose.) ¿Se habrá puesto enferma?...

REM. Realmente, ignoro la verdadera causa de su determinación. Aquí mismo escribió una carta para su señora madre, según creo, y mandó á la doncella que la llevase.

LUIS (Ahora me explico lo del timbre.) Es extraño...

REM. (Con aire misterioso.) Por lo que he podido colegir, trataba de sorprender á los criados.

LUIS (Con sobresalto.) ¿Cómo sorprenderlos?

REM. Hasta aquí llegan mis averiguaciones...

LUIS (¡Me escamo!)

REM. Cuando llamó á la doncella...

LUIS (Interrumpiéndole.) Tocando el timbre...

REM. Con el timbre, pero sin tocarle...

LUIS ¿Cómo sin tocarle?...

REM. Porque le toqué yo á ruego de ella.

LUIS (¡Es anormal y muy misterioso lo que aquí pasa. ¡La intranquilidad me devora!) Soy con usted al momento. Voy á ver lo que sucede. (Va á entrar en el gabinete pero se detiene porque sale Blanca.) Me ahorro el viaje.

REM. (Aparte.) Despejemos el ruedo. (Retirándose hacia un lado.)

ESCENA XVIII

DICHOS. BLANCA

BLAN. ¡Hola! ¡De vuelta tan pronto!

LUIS Sí; despachamos en seguida y dije: voy á ver si encuentro á don Remigio en casa, porque me presumía que estaba aquí.

REM. (¡Qué aplomo para mentir! Se le figura que está en los escaños.)

LUIS ¿Pero cómo no has salido?

BLAN. No estaba del todo bien... no te alarmes, no es nada. Estos dichosos nervios me tienen estos días... un poco excitada.

LUIS ¿Quiéres que llame al médico?

BLAN. ¿Para qué? Te aseguro que ya me siento mejor. Sería molestarse inútilmente.

LUIS Sin embargo...

BLAN. No es nada. Que te diga don Remigio si mientras hemos hablado ha podido notar algo en mí.

REM. ¡Absolutamente! Solo me ha parecido que estaba usted así un poco nerviosa... (Su marido la ha contagiado de aplomo parlamentario.)

LUIS Pues, hija; te creía en el teatro. Cuando entraba en el ministerio ví pasar el coche y y creí que irías en él.

BLAN. Le dije á Juan que fuese á llevar á mamá.

LUIS Debías tomar una taza de tila...

BLAN. No: me encuentro perfectamente. Si quieres salir no te detengas, que te aseguro que no siento ya la menor molestia

LUIS De ningún modo. Me quedo á hacerte compañía.

BLAN. Como quieras... Después de todo, tenemos bastante que hacer. Tú á despachar con don Remigio, que está viniendo hace ya cuatro ó cinco noches...

REM. Seis, señora.

BLAN. Y yo á escribir á mis amigas á ver si saben de una buena doncella.

LUIS ¿Una doncella?

BLAN. ¿No sabes? Julia se ha despedido...

LUIS ¿Que se ha despedido?

BLAN. Hace un momento. ¡Y con qué prisa! Figúrate que pretendía ir esta noche á dormir á casa de su hermana...

LUIS ¡Tanta prisa!...

BLAN. Como lo oyes. Se casa...

LUIS ¿Que se casa?

BLAN. Sí, con Ramón, que también se ha despedido.

LUIS ¿También Ramón?...

BLAN. Sí, hijo. Huelga de criados.

LUIS (Esta lo sabe todo.)

REM. (Presiento la cristalería.)

BLAN. (Está anonadado. ¡Pobrecillo! ¡Me da lástima!) ¿Es muy raro, verdad?

LUIS (Fingiendo indiferencia.) ¡Psch! .. Después de todo, lo raro únicamente es la prisa que tienen por marcharse.

BLAN. Estas cosas hay que hacerlas de prisa, para que ninguno se arrepienta. Verás cómo se explican los chicos. (Toca un timbre.) ¡Poquito que me gusta á mí hacer felices á aquéllos que ven lo feliz que yo soy!

ESCENA XIX

DICHOS, RAMON, luego JULIA

RAM Manden los señoritos.

BLAN. Que entre Julia y entra tú también; á los dos tengo que hablaros. (Sale Ramón.) ¿Qué te parece?

LUIS (Intranquilo pero esforzándose por aparecer sereno.) Lo que parece es que vas á leerle las amonestaciones.

BLAN. (Riéndose.) Es posible. Ya verás qué bien se las leo. (Entran Julia y Ramón.)

REM. (Aparte.) ¿Habrá careo?

BLAN. (A Julia.) He decidido quedarme en casa, así es que puedes hacer lo que deseabas. Vete á casa de tu hermana.

JULIA (Con asombro.) ¿Yo, señorita?

BLAN. (Interrumpiéndola.) Sí. Lo he pensado y no encuentro motivo para contrariarte. Ahora les contaba al señorito y al administrador que los dos os habéis despedido porque vais á casaros.

JULIA Si yo no...

BLAN. No hay para qué ocultarlo. Se oculta lo que avergüenza ó lo que deshonra. Voy á recompensar tus buenos servicios en esta casa, haciéndote un regalo de boda. (Se quita aparatosamente, para que lo vea Luis, una pulsera. Julia sigue confundida.) No es mucho su valor; pero te recordará siempre lo que no debes olvidar.

REM. (Esto ya no lo entiendo.)

BLAN. (Acercándose á Luis y enseñándole la pulsera.) Aprobarás mi regalo, ¿verdad?

LUIS (En voz baja y suplicante) ¡Blanca!...

BLAN. (A Julia) Toma.

JULIA (Resistiéndose.) Señorita... no puedo... no debo...

BLAN. (Imperiosamente.) Toma y vete. Que Dios te haga muy dichosa.

JULIA (La coge, y al marcharse dice.) ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza!

BLAN. (A Ramón.) ¡Siento no tener un regalo á mano para tí, Ramón! Pero te daré un buen consejo. Si prosperas, lo cual te deseo sinceramente, y algún día necesitas criados, procura que no sepan escribir para que no te dirijan anónimos que te roben la tranquilidad, envenenándote el alma.

RAM. Ruego á la señorita que me perdone...

BLAN. Perdón.. no puede ser. Conmutación de la pena, sí; y como la pena de casamiento supongo que te sería muy penosa te la conmuto por la destierro de esta casa y desde ahora mismo. (Sale Ramón.)

REM. (Aparte.) Ahora me toca á mí. A ver si también quiere casarme.

LUIS (Acercándose á Blanca con ternura.) Para mí... indulto total...

BLAN. (Le rechaza cariñosamente.) ¡Se proveerá! (A don Remigio.) Usted, amigo don Remigio, tendrá

la bondad de pasar al despacho de Luis, donde podrán ustedes hablar de ese matrimonio....

REM. ¿De qué matrimonio? (¡A que me casa á mí también!)

BLAN. Del otro. Del que quiere la habitación de nuestra casa de la calle Mayor.

REM. (Dirigiéndose á la segunda puerta de la izquierda, donde entra. Aparte.) Menos mal. Sobreseimiento libre; no me casa.

LUIS (Cogiendo las manos á Blanca.) ¿Verdad que me perdonas?

BLAN. No lo mereces.

LUIS Te has vengado cruelmente.

BLAN. Me has dado un gran disgusto.

LUIS Lo que te he dado ha sido un gran abrazo.

BLAN. Por equivocación.

LUIS Devuélmele si no es tuyo.

BLAN. Quiero celebrar mi triunfo ejerciendo por primera y única vez, ¿lo entiendes bien? por primera y única vez, mi regia prerrogativa.

LUIS Y yo me comprometo solemnemente á no volver á ser... ponente de ninguna comisión.

BLAN

No engañes á tu mujer
si quieres que ella te quiera,
pues te expones á perder
lo que vale, á mi entender,
algo más que una pulsera.

TELON

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe,* Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín,* Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano,* plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.